



LA DESTRUCCIÓN DE K'ARESH

DE ADAM CHRISTOPHER



1

LA VOZ DEL VACÍO

HISTORIA
ADAM CHRISTOPHER

ILUSTRACIONES
CYNTHIA SHEPPARD

EDICIÓN
CHLOE FRABONI

DISEÑO Y DIRECCIÓN DE ARTE
COREY PETERSCHMIDT

ASESORAMIENTO DE HISTORIA
SEAN COPELAND

ASESORAMIENTO CREATIVO
RAPHAEL AHAD, NICHOLAS McDOWELL,
CHRIS METZEN, STACEY PHILLIPS,
KOREY REGAN, STEPHANIE YOON

PRODUCCIÓN
BRIANNE MESSINA, VALERIE STONE,
CARLOS RENTA

TRADUCCIÓN
PAULA GÜRTLER

CORRECCIÓN
LAURA CAMPOS



©2025 Blizzard Entertainment, Inc., Blizzard y el logo de Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas comerciales registradas de Blizzard Entertainment, Inc. en los EE. UU. o en otros países.

Publicado por Blizzard Entertainment.

Esta historia es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares e incidentes que se retratan son productos de la imaginación del autor o del artista, o se usan de forma ficticia, y cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o lugares es pura coincidencia.

Blizzard Entertainment no ejerce control sobre los sitios web pertenecientes a los autores o a terceros ni sobre su contenido, como así tampoco asume responsabilidad alguna respecto de ellos.

Había una cierta belleza en este sitio, incluso ella podía admitirlo. Una belleza surgida de la tragedia y del horror, pero por el momento, Alleria intentó no pensar en ese detalle. De pie en un pico alto y sin nombre al borde de la Falla de Telogrus, miraba fijamente la furia violácea del Vacío que giraba alrededor de los restos destrozados del mundo perdido, en busca de... perspectiva. Consuelo.

Dile a Khadgar lo que descubrimos. Regresaré a Dalaran cuando pueda.

El recuerdo de esas palabras la perseguía. Era una evasión, un corrimiento de sus responsabilidades. En este momento, la nueva amenaza contra Azeroth parecía demasiado grande, demasiado abstracta... Sí, la Emisaria, Xal'atath, se estaba acercando, y su mundo enfrentaba un desafío sin precedentes.

Al igual que ella. A través del Vacío, ella disponía de un poder inefable, pero también era cierto lo inverso: mientras que la oscuridad fuera parte de ella, *ella* era parte de la oscuridad. Xal'atath lo sabía, y podía usar a Alleria para algún fin oculto.

Una vez más, Alleria sintió que su conexión con la oscuridad era más una maldición que una bendición.

Y eso se sumaba a la noción de que la propia Azeroth estaba al borde de la destrucción. Alleria sabía que tenía amigos y aliados a los que podía llamar, pero ¿eran de veras rivales a la altura de la Emisaria, esta entidad que había sobrevivido miles de años y había anunciado la aniquilación de infinitos mundos? Además, en este preciso momento, no estaba segura de poder encontrarse con ellos, tan poco tiempo después de haber enfrentado al fantasma de su amor, Turalyon, conjurado por Xal'atath para...

—Para hacer qué? —*Matarla*? No, nada tan mundano.

Había sido para *desequilibrarla*. Y había funcionado. Alleria había hecho exactamente lo que la Emisaria quería. No había estado preparada, y en su interior, ardía el temor de que Xal'atath ganara.

—Percibo una mente atribulada.

Alleria levantó la mirada del infinito ante ella y vio al Caminante intersticial acercándose con lentitud. Alleria respiró hondo.

—Caminante intersticial, necesito *respuestas*. Dijiste que crees que Xal'atath busca para Azeroth el mismo destino que tuvo K'aresch a manos de Dimensius. Debo... Debo saber todo lo que ocurrió aquí. No puedes esperar que...

El Caminante intersticial vaciló, inamovible, y ella sabía que se quedaría allí por siempre, esperando con paciencia que Alleria encontrara su centro, su momento. Solo que esta vez ella no estaba segura de poder lograrlo.

Bajó la cabeza. Sabía lo que quería decir, lo que sentía que *tenía* que decir, pero... bueno, esta era una danza que habían bailado ya muchas veces. Ella quería seguir adelante, proteger su mundo, pero él no le iba a otorgar nada hasta que ella comprendiera la lección que él le quería dar. Esto era un terreno viejo y bien conocido. Y aún así, era algo de lo que ella no podía escapar. El fantasma de Turalyon había demostrado admirablemente que Alleria necesitaba sabiduría.

—Tengo miedo —dijo Alleria, dirigiendo por fin su mirada al Caminante intersticial—. De Xal'atath. Del pasado. De lo que le sucedió a K'aresch. De lo que le sucederá a Azeroth. —Se detuvo—. Pero más que nada, por primera vez en muchos años, tengo miedo de *mí misma*. Del Vacío dentro de mí. Un poder con el que creí haber hecho las paces hace mucho tiempo.

—No debes avergonzarte por tener miedo —dijo el Caminante intersticial—. El Vacío es algo terrible. No lo voy a negar. Que el Vacío sea parte de ti es algo con lo que ya has aprendido a convivir, incluso si nunca puedes aceptarlo del todo. Así como yo debo vivir con mi propia naturaleza.

Alleria cerró los ojos con fuerza.

—Quizás Lothraxion tenía razón —susurró—. Una vez que has invitado a la Sombra a tu corazón, todo termina en locura.

La risa del Caminante intersticial sorprendió a Alleria. Abrió los ojos y vio su forma etérea deslizándose un paso hacia atrás, mientras sus bufas doradas y púrpuras se sacudían con alegría.

—¿Mi dolor te divierte?

—Lo que me divierte, Alleria —dijo el Caminante, con una leve inclinación de su cabeza inescrutable envuelta en vendas—, es que recuerdes sus palabras de hace tanto tiempo, pero no las mías.

—Entonces dímelas de nuevo. Háblame ahora. Estoy abierta a recibir tu consejo.

—Sintió cómo sus hombros se desplomaban—. Sé que debo encontrar mi equilibrio de nuevo, pero también debo saber qué desastre se avecina si quiero impedirlo.

Los dos se miraron de frente por un momento, y luego el Caminante intersticial se dio vuelta y comenzó a caminar.

—Ven —dijo, mientras bajaba la pendiente.

Alleria no se movió.

—¿A dónde?

El Caminante intersticial no se detuvo.

—Tenemos una tarea por delante.

—¿Qué tarea? ¿Tenemos tiempo para eso?

El Caminante intersticial se frenó y la miró.

—Quizás. Quizás no. Pero creo que esta misión te podría ser muy útil.

—Cuántas palabras para no decir nada...

El Caminante intersticial asintió.

—Hay un aparecido del Vacío suelto en alguna parte de la Falla de Telogrus. Es peligroso, y hay que eliminarlo, pero se ha ocultado. La cacería será reparadora... para

ti, y quizás para mí también. Puede que te ayude a conocer mejor tu propia naturaleza. Incluso podría reparar la confianza en ti misma que ahora está rota.

Alleria frunció el ceño.

—Prometes demasiado. ¿Cómo es que cazar una criatura del Vacío me ayudará a despejar la mente?

—Porque mientras la buscamos, te contaré una historia —dijo el Caminante intersticial.

Intrigada, Alleria dio un paso adelante para acercarse a él. El Caminante intersticial caminó más despacio para ir al mismo ritmo que ella.

—Es una historia sobre el equilibrio —dijo— y sobre mi mundo de K'ares y la maldición que se cernió sobre él...



K'ares nunca fue como tu Azeroth. Nunca fue verde y azul, envuelto en océanos ni rebosante de vida. K'ares era un lugar muy duro, un mundo de arena y piedra y polvo. Pero había algo más, una cierta magia, y quizás con la ayuda de esa magia fue que la vida avanzó, como suele hacer. Nosotros, los k'areshi, amábamos ese mundo difícil, y lo que fuera que le faltara, lo fabricábamos. Gracias a las lecciones de supervivencia que tuvimos desarrollamos innovaciones hasta que, algunos milenios después, nuestra sociedad se convirtió en una gran red de ciudades-estado.

Ma'nussa era la ciudad a la que yo llamaba hogar. Yo era un tecnomante, una clase noble, y mi vida estaba dedicada al estudio de la obtención y transferencia de energía. Nuestra sociedad estaba cimentada sobre juramentos en todos los estratos, desde el nómada de la clase más baja hasta los mismísimos Oráculos, los poderosos que nos guiaban en todos los aspectos de la vida. Esos juramentos no eran meras palabras, eran los lazos inquebrantables que nos ligaban con nuestro trabajo y entre nosotros, un acto sagrado insuperable. Romper un juramento implicaba renegar de la vida y morir solo en las arenas.

Cada ciudad-estado tenía su gobernante —y gracias a mi posición, Ky'veza, la líder de Ma'nussa, era una de mis amigas más cercanas—, pero el Consejo de Oráculos

**K'aresch nunca fue como
tu Azeroth. Nunca fue verde
y azul, envuelto en océanos
ni rebosante de vida.**

**K'aresch era un lugar muy duro,
un mundo de arena y piedra
y polvo.**

era el que tenía la máxima autoridad. El Consejo estaba dirigido por Salhadaar, el sumo sacerdote de lo Indómito, y cuando las visiones radiantes arrasaron K'aresch por primera vez, fue a él a quien consulté en busca de su sabiduría. Cuando esa maldición terrible azotó a numerosos k'areshi, y a mí entre ellos, superé mi miedo de estudiarla. Reconfiguré mis laboratorios, mis observatorios, todos mis esfuerzos para concentrarme en ese asunto. Recopilé todos los datos que pude obtener, y saqué mis conclusiones. El problema no era sencillo, pero acudí a los Oráculos. Me habían guiado al igual que a todo K'aresch; sabía que su consejo sería una joya valiosa.

Qué equivocado que estaba. La reunión de los Oráculos fue ardua, de larga duración y gran complejidad política. A medida que las horas pasaban, comencé a perder la confianza en mí, y cuando Salhadaar llamó al Consejo al orden por última vez, supe lo que él iba a decir antes de que las palabras salieran de su boca.

Pero tenía que oírlo yo mismo.

Salhadaar estaba de pie, pidiendo que cesaran los murmullos en la mesa. A su alrededor, el Consejo de Oráculos hizo silencio, ansioso por conocer su juicio final.

Supe que todo el consejo estaba en contra de mí. Todo mi trabajo, todos los datos que había recabado con mis visoroscopios y faroles intrínsecos y muchos otros dispositivos, meticulosamente compilados y relacionados y comentados. Meses de ardua labor, todo para nada.

Sentía que perdía toda esperanza cuando miré a los ojos a los representantes: estaba Salhadaar, y a su lado la Escriba de almas, su confidente más cercana. También estaba Etries de los Arquitectos y sus lacayos, una colección variopinta a decir verdad. A otros los conocía de nombre (a los de la Prueba era a los que menos conocía, pues eran los menos interesados en mi trabajo), pero entre los demás podía contar con mi única amiga de verdad, Ky'veza, en cuya ciudad estaba alojado el Consejo ahora. Sobre Bilaal, el gobernante de Tazavesh, no tenía certezas, pero sabía que escuchaba a Ky'veza. Estaban sentados uno al lado del otro y aún no habían hablado.

Salhadaar al menos le había concedido a Ky'veza el pedido de realizar la reunión en su ciudad, en lugar de insistir en que yo viajara a su sitio habitual de reunión en Tazavesh. Y efectivamente, él había respondido a mi llamado urgente con inusual celeridad y había hecho ir velozmente a su séquito por el páramo con ayuda de la

Escriba de almas, la autoridad de las tierras salvajes en medio. El resto de los Oráculos se había reunido con igual ímpetu: todos me miraban ahora, y parecían impacientes por contemplar mi caída.

El silencio en la cámara era un ser vivo, con densidad y movimiento. Ya no podía tolerarlo.

—Discúlpennme.

Los susurros corrieron entre toda la concurrencia. Ky'veza levantó la mirada, el desconcierto nublaba su rostro. Evidentemente yo había dicho algo equivocado.

—Podemos hablar de disculpas en otro momento —dijo Salhadaar—. Primero tenemos que hablar de blasfemia.

Los Oráculos se miraron y asintieron, impresionados con su propia sabiduría.

—*¿Blasfemia?*—Toda esperanza de un debate inteligente entre pares se desvaneció con la última acusación, hecha con semejante ligereza. Sentí que los puños apretaban el dobladillo de mi toga liviana de verano, y la ira y frustración me atravesaban el cuerpo—. Las visiones que irradian del alma del mundo son reales. Las he oído, y mis datos demuestran que existen! —Señalé las ventanas altas y cerradas de la cámara del gremio del mercado, velozmente tomada para la reunión del consejo—. ¡Ma'nussa las ha oído! —abré los brazos hacia la mesa—. *¡Ustedes* seguramente las han oído!

—Yo no oí nada —pronunció la voz de Etries. Sus camaradas sonrieron. No iba a haber discusión con ellos. Salhadaar asintió, al igual que la Escriba de almas y Bilaal. La busqué a Ky'veza, pero ella evitaba mi mirada.

—Ha llegado un punto —dijo Salhadaar— en que ya no podemos ignorar tu conducta. Desde hace años, los Oráculos han dado lugar a tu... interés, llamémoslo, en el Vacío. Al principio era una diversión, un entretenimiento. Pero ahora, la diversión se ha convertido en una distracción.

—Has tomado un juramento —dijo Bilaal, con más confianza de lo habitual—. *Todos* hemos tomado un juramento que nos otorga a cada uno un sitio y un propósito. —Me apuntó con su dedo en el pecho—. Tu juramento es con los tecnomantes para estudiar la transferencia y transmutación de energía para que podamos usarla en beneficio de K'aresch. Hace meses que no recibimos un informe del uso que propones para las cintas reshii. Estás descuidando tus deberes sagrados, *Hechicero del Vacío*.

Palidecí cuando oí el epíteto. Nunca antes los Oráculos me lo habían dicho a la cara, pero ahí estaba. *Hechicero del Vacío*. Me habían dicho cosas peores, pero este título era una acusación de deshonra, y Bilaal lo sabía.

Y sin embargo, tenía razón en haber llevado mi trabajo a los Oráculos. Sabía que sí. Las visiones radiantes eran el grito del alma del mundo de K'aresch; lo había confirmado rastreando la fuente de las visiones hasta la profundidad del corazón de nuestro mundo. Había transformado el abstracto en lo real, y era precisamente gracias a mi trabajo en la decodificación de los misterios del Vacío que había podido lograrlo.

Mi investigación, como dije una y otra vez, era una parte inexorable de mi tarea de análisis de la energía por la que había hecho un juramento. Una no podía existir sin la otra; comprender la energía era comprender todas sus formas, incluso el Vacío. Y los Oráculos lo habían aceptado... hasta que me topé con un descubrimiento de gran importancia. Uno de los más grandes artefactos culturales k'areshi del pasado, las cintas reshii, estaban imbuidas con poder arcano. El potencial que tenían para ayudar en la transmutación de energía era tan enorme que me dejaba sin habla, si tan solo pudiera encontrar la llave para revelar sus secretos.

Con mi descubrimiento del potencial oculto de las cintas reshii, mi posición en el consejo había mejorado, al menos por un tiempo breve. Y mientras mi investigación sobre el Vacío no se desviara aún más ni interfiriera con mi juramento, le prestaban poca atención.

Debí haber sabido que las visiones radiantes cambiarían eso. Hablar del alma del mundo era aventurarme en terrenos fuera de mi comprensión, y el Consejo no tardaría en ocuparse de semejante osadía.

—Estás frente a dos caminos —dijo Salhadaar—. Si sigues estudiando el Vacío, tu *verdadero* trabajo se verá perjudicado y se romperá tu juramento.

—Y eso es algo que no podemos permitir.

Miré a Ky'veza azorado cuando finalmente alzó la voz. Me miraba fijo ahora que había encontrado el valor para darle su apoyo no a su amigo sino al Consejo de Oráculos.

—Que esta sea tu última advertencia —dijo el sumo sacerdote—. El alma del mundo está más allá de los límites de tu trabajo. Las visiones radiantes, si es que existen, deben quedar en manos de quienes son expertos en esos asuntos. Debes volver

Me habían dicho cosas peores,
pero este título era una acusación
de deshonra, y Bilaal lo sabía.

a concentrarte en tu propio campo de especialización y abandonar toda investigación sobre el Vacío. Obedece esta orden, o de lo contrario, nuestra próxima reunión será un poco más difícil. Lo prometo.



Las horas después de esa reunión funesta del Consejo fueron borrosas. Había amado a Ma'nussa toda mi vida, pero no veía nada de la ciudad mientras recorría las calles, girando aquí y allá sin pensar. Tenía la mente notablemente vacía después del ultimátum de Salhadaar. Recién cuando oí la música de las bailarinas de hechizos que se difuminaba por el fragante aire de la noche me di cuenta de lo tarde que se había hecho. Agotado, me dirigí a la plaza del mercado y miré el baile de la troupe, que había llegado del páramo como parte de la caravana de la Escriba de almas.

No era la primera vez que las veía, con las faldas que giraban como trompos mientras los pies pateaban arena sobre los mosaicos de colores. Su baile tradicional era una imagen familiar en Ma'nussa, dado que la ciudad era un lugar de descanso habitual en una de las rutas que los nómadas solían recorrer. Y con los nómadas llegaban las bailarinas de hechizos, que giraban para las multitudes entusiastas mientras los suyos pedían monedas entre el público.

Les había dado muchas monedas a lo largo de los años. La libertad de sus movimientos siempre había sido un escape agradable del yugo de mi trabajo, pero cuando conocí a Krysson, ver su actuación dejó de ser un entretenimiento y pasó a ser una peregrinación. La primera vez que hablamos fue cuando se metió entre los espectadores para buscar monedas, en reemplazo de un hermano ausente, y de inmediato hubo una... conexión. Cómo o por qué... creo que nunca lo supimos. Hay misterios que no hace falta resolver.

Después del baile de la noche, esperé como siempre hacía cuando Krysson venía a Ma'nussa, bajo los arcos detrás del mercado, donde no llegaba la luz ni las personas caminaban, pues el mercado nocturno estaba en su pico de actividad. Cuando me encontró, se dio cuenta enseguida de que ocurría algo. Le indiqué que me acompañara rápidamente a una esquina discreta, mirando aquí y allá para asegurarme de que no nos

hubieran visto. Para mí, un tecnomante y noble de una ciudad-estado digna, ser visto en cercanía íntima con una nómada era traernos problemas a los dos. Si hubiera estado en una mejor posición con el Consejo, podrían haberse hecho peticiones, desestimar antecedentes, pero ahora que era el blanco de su ira, no quería que a ella le sucediera lo mismo.

Después de expresarnos nuestro amor, le conté de mis preocupaciones y hablamos hasta muy entrada la noche sobre mi trabajo, las visiones radiantes y el Consejo.

—Ven conmigo a Tazavesh —me pidió Krysson con urgencia.

Su propuesta me sorprendió. Me apoyé en la pared del callejón, y ella apoyó la cabeza en mi pecho, mientras recorría suavemente con los dedos el contorno de mi cara. Suspiré y estreché su mano.

—No voy a correr —dije.

—No te estoy diciendo que corras —dijo—. Los Oráculos se irán a su casa mañana, y la Escriba de almas se irá con Salhadaar a Tazavesh.

Me reí.

—¿Tu sugerencia es que siga a los mismos que están dispuestos a condenar a este mundo a su fin?

Krysson se alejó de mí con un gesto adusto.

—Lo que digo es que necesitas *descansar*, amor mío. Un tiempo lejos del trabajo. Te va a hacer bien. Puedes visitar los mercados que hay allí, buscar las piezas para tu laboratorio que desde hace semanas vienes diciendo necesitas. —Con una sonrisa, Krysson se cubrió la cabeza con la capa y la apretó contra el pecho como si fuera una vieja bruja—. ¡Nos disfrazaremos y compraremos en el mercado juntos! ¡Nadie va a mirarnos, nadie va a vernos!

Se rio y se acercó, y nos besamos, y se quedó un rato más hasta que supo que debía irse. La acompañé por la ciudad a oscuras, los dos jugando un juego de sombras, nuestra risa ahogada haciendo eco contra las persianas cerradas de los puestos de mercado. En su albergue, nos besamos por última vez, y el aire del desierto quedó flotando en el aire cuando se fue.

Había hecho solo unos pasos en dirección a mi casa cuando me di cuenta de que me estaban siguiendo, y para ese momento, ya era muy tarde, demasiado tarde.

—Ven conmigo a Tazavesh —me
pidió Krysson con urgencia.



Mientras me sacaban bruscamente la bolsa negra de la cabeza, lo único en lo que pensaba era en Krysson. El Vacío, las visiones radiantes, mi juramento sagrado, la advertencia final de los Oráculos, nada de todo eso me importaba en comparación con mi amor por ella. Habíamos sido descuidados. *Complacientes*. Maldije mi soberbia, la idea misma de que habíamos tenido cuidado. Había demasiados ojos puestos en nosotros. Y ahora tendríamos que pagar el precio.

La recámara en la que estaba era luminosa, y parpadeé para poder verla bien. Me habían arrastrado a una suerte de depósito, lleno de cajones y bolsas y todo tipo de cargamentos que se precisan en el mercado. Un espacio silencioso y muerto a esta hora, el lugar perfecto para que nadie oyera mis gritos rogando piedad.

No estaba listo para el final, y mientras me preguntaba exactamente cuánto iba a rogar por mi vida, una figura se cernió sobre mí y me tomó con firmeza del brazo. Volví a parpadear, pero esta vez con absoluto desconcierto.

—¡Ky'veza!

La sonrisa de la amiga que había creído perdida fue tan gloriosa como un amanecer. Me apretó el brazo, pero no oí lo que me dijo, tal era el rugido de la sangre en mis oídos. Busqué al rufián responsable de mi secuestro, que también bajó su capa y dejó ver unos ojos que brillaban como gemas a la luz de los faroles. No reconocí su cara, pero inclinó la cabeza en señal de respeto y luego le hizo un gesto a alguien detrás de mí.

El sumo sacerdote Salhadaar extendió la mano. Me quedé mirándola, mirándolo a él, y al grupo que ahora veía reunido en un ambiente de entusiasmo electrizante. Además de Salhadaar y Ky'veza, conté otros cinco Oráculos, incluido Bilaal y algunos más que no eran del Consejo sino de mi propia ciudad. Estaba Allash y Mideches y Darmeto de los tecnomantes, y junto a ellos otro grupo, a dos de ellos los conocía por ser mercaderes capitanes del gremio del mercado de Ma'nussa, y a otros dos no los reconocí. Todos los presentes, incluido el sumo sacerdote, vestían capas marrones de viaje sencillas, con caperuzas grandes que eran más que adecuadas para un buen disfraz.

—Veo que has conocido a Nari —dijo el sumo sacerdote. Tuvo la sensatez de verse un poco avergonzado cuando mi captora volvió a inclinarse—. Tenía la esperanza

de que su encuentro fuese en circunstancias más *convencionales*, pero es una de mis mejores agentes encubiertas. Verás que es una gran aliada.

—Al igual que todos nosotros, espero —dijo Bilaal. Lo miré y recordé la fría ira que me había dirigido hacia apenas unas horas.

A su lado, Ky'veza asintió, quizás leyendo la duda en mi cara.

—Escucha al Hilado —dijo— y todo se esclarecerá.

Atiné solo a sacudir la cabeza.

—¿El Hilado? —Me di vuelta para hablarle al sumo sacerdote—. Por favor, díganme lo que está pasando.

—Antes de continuar, debo remarcar la necesidad de mantener absoluta reserva —dijo Salhadaar—. Nadie puede enterarse de nuestra reunión esta noche. —Hizo un gesto al grupo—. *Nosotros* somos el Hilado. Un... conjunto, quizás, de las mentes más brillantes de K'ares. Las más brillantes, pero también las más confiables.

Hizo una pausa, y miré el resto de la habitación. Fue en ese momento que noté una ausencia, pues no había ni señales de la Escriba de almas.

—El nivel de pericia y habilidades que hay aquí no tiene parangón —dijo el sumo sacerdote— y hay un motivo muy puntual por el que formé esta alianza de amigos.

—¿Qué es...?

—Te creemos —dijo Bilaal, a secas.

Por un momento, me pregunté si en verdad Nari más que cubrirme con una bolsa negra no me había dejado absolutamente inconsciente. Quizás la extraña reunión en la que ahora me encontraba no era más que un delirio febril que tenía mientras la mano oculta de los Oráculos me llevaba lejos para desecharme en un canal de la ciudad.

—Las visiones radiantes —dijo Ky'veza—. El grito del alma del mundo. Todo es real. Te creemos.

—Te creemos —continuó Salhadaar— porque nosotros mismos las oímos. Todos. Por ahora, las visiones son débiles, calmas, una melodía que lleva una lejana brisa y, por ahora, no son más que una curiosidad que persiste tras un sueño recordado a medias.

—Pero —dijo Bilaal— son cada vez más fuertes. Y ya empiezan a escucharse rumores. Si no logramos controlar la situación, nos arriesgamos a que crezca el pánico.

—Por eso te engañamos —dijo el sumo sacerdote—. Y por eso te pido perdón.
—Me miró a los ojos—. La reunión del Consejo fue una farsa, pero necesaria. Me disculpo por eso.

Respiré hondo e intenté entender un giro de los acontecimientos que no podía terminar de concebir.

Y luego sentí otra cosa. Una cierta... liviandad en mi corazón, un peso menos. Algo que no sentía desde hacía mucho tiempo.

Esperanza.

—Arrodillate.

Miré a Salhadaar y el sumo sacerdote señaló el piso ante él. En toda la habitación, los miembros de esta sociedad secreta se arrodillaron también e inclinaron la cabeza.

Sabía lo que era: una ceremonia de jura. Una vez más me pregunté si esto era un sueño, pero cuando el sumo sacerdote volvió a hacer un gesto para que me arrodillara, mi mente se aceleró.

—Tenemos una gran confianza en ti, amigo —dijo Salhadaar—. Tienes un gran conocimiento, y una sabiduría aun mayor. ¿Tomarás un nuevo juramento para unirte a nosotros?

Recibir un nuevo juramento era un honor infrecuente, pues significaba que el trabajo de toda mi vida no solo era grandioso, sino que había alcanzado un nivel de maestría que pocos tienen. Para mi sorpresa, me di cuenta de que no podía responder, pero quizás mi cara transmitió algo, porque Salhadaar sonrió y comenzó el ritual.

—Amigo, ¿juras de aquí en más, por voluntad propia, ante tu sumo sacerdote, dedicar el trabajo de tu vida a lo que K'ares te indique?

Mi voz era débil, pero respondí como debía.

—Sí, juro.

—¿Juras seguir el camino que guía tu juramento y dedicarte a cumplirlo hasta que el trabajo de tu vida esté completo?

—Sí, juro.

—¿Prometes renunciar a la tentación y dedicarte por completo al trabajo de tu vida en mente y cuerpo, comprometiéndote a buscar su sentido y comprender su valor, y venerando estos misterios hasta que ya no sean más misterios?

—Tenemos una gran confianza
en ti, amigo —dijo Salhadaar—.
Tienes un gran conocimiento,
y una sabiduría aun mayor.
¿Tomarás un nuevo juramento
para unirte a nosotros?

—Sí, juro.

—El juramento es el camino. Cuídate de todos los peligros que busquen desviarte de ese camino. El juramento es la verdad. Mantente firme contra todas las fuerzas que buscan proyectar la sombra del engaño en tu recorrido.

Escuché sus palabras en silencio, al igual que el Hilado que me rodeaba.

—Te nombro *Caminante intersticial* —dijo Salhadaar—, pues esta es tu verdad, así como también la mía. —Y luego sonrió—: Bienvenido al Hilado.

Con el amanecer de los soles detrás de las paredes del depósito y los hilos de luz que se extendían entre las tablas para acariciar nuestra reunión secreta, el Hilado aplaudió mi incorporación. Pero cuando Salhadaar me sujetó del brazo en un gesto de cálida hermandad, oí dos cosas.

La primera fue una voz dentro de mi cabeza. Con frecuencia oía susurros del Vacío y podía apartarlos y acallarlos cuando lo necesitaba, pero esta voz sonaba más fuerte. Sentí que el miedo me tomaba una vez más, pero dada mi nueva posición, logré controlarme y alejar toda emoción mientras la voz me comunicaba su mensaje a mí, y nada más que a mí.

Ten cuidado, Caminante intersticial. Ten cuidado.

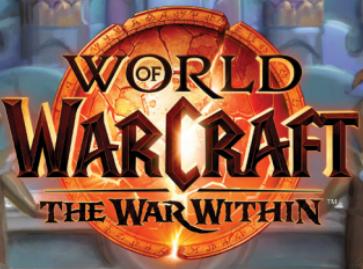
Pero después oí algo totalmente distinto, y ahora también lo oyeron mis amigos. Este sonido era algo muy distinto. El Hilado se tensó al unísono, en busca de la fuente de los gritos, los *aullidos*, las muchas voces unidas en un coro de terror. En pocos segundos, sonaba como si todas las almas de Ma'nussa se hubieran levantado con los soles y, de pronto, hubieran encontrado el horror al acecho.

Nos apresuramos para salir, y bajo la luz de la primera mañana, nos quedamos atónitos frente al arco del cielo sobre nosotros. Los dos soles de nuestro mundo parecían empalidecer, y su cálido resplandor se hacía cada vez más débil. El cielo se oscureció, como si la noche estuviera cayendo a una velocidad imposible, a un horario imposible. Al principio la oscuridad era violácea, luego se iluminó.

Violeta, el color del propio Vacío.

Ten cuidado, Caminante intersticial.

Se acerca el Devoratodo.



LA
DESTRUCCIÓN
DE K'ARESH

DE ADAM CHRISTOPHER

2

La GUERRA DE LA DEVORACIÓN

HISTORIA
ADAM CHRISTOPHER

ILUSTRACIONES
CYNTHIA SHEPPARD

EDICIÓN
CHLOE FRABONI

DISEÑO Y DIRECCIÓN DE ARTE
COREY PETERSCHMIDT

ASESORAMIENTO DE HISTORIA
SEAN COPELAND

ASESORAMIENTO CREATIVO
RAPHAEL AHAD, NICHOLAS McDOWELL,
CHRIS METZEN, STACEY PHILLIPS,
KOREY REGAN, STEPHANIE YOON

PRODUCCIÓN
BRIANNE MESSINA, VALERIE STONE,
CARLOS RENTA

TRADUCCIÓN
PAULA GÜRTLER

CORRECCIÓN
LAURA CAMPOS



©2025 Blizzard Entertainment, Inc., Blizzard y el logo de Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas comerciales registradas de Blizzard Entertainment, Inc. en los EE. UU. o en otros países.

Publicado por Blizzard Entertainment.

Esta historia es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares e incidentes que se retratan son productos de la imaginación del autor o del artista, o se usan de forma ficticia, y cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o lugares es pura coincidencia.

Blizzard Entertainment no ejerce control sobre los sitios web pertenecientes a los autores o a terceros ni sobre su contenido, como así tampoco asume responsabilidad alguna respecto de ellos.

El Vacío se agitaba en los cielos sobre la Falla de Telogrus mientras el Caminante intersticial guiaba a Alleria Brisaveloz por el camino. Ella estaba cansada del viaje, y ya había perdido registro de hacia cuánto estaban caminando. La cacería había sido de todo menos fácil.

La Falla de Telogrus rebosaba de criaturas del Vacío, atraídas a este sitio por el poder de la Emisaria. Habían logrado evitar a muchos seres, pero no tenían otra opción más que confrontar a otros que se cruzaban en su camino. Es cierto que, hasta ahora, los habían podido eliminar con facilidad, pero Alleria no podía negar que su mente estaba menos en la batalla y más en la imagen de K'ares que el Caminante intersticial le había pintado.

Siguieron un camino que era imperceptible a simple vista, pero no para los demás sentidos. Al principio, Alleria solo seguía y escuchaba, pero a medida que se acercaban a la presa, comenzó a sentir el modo en que el Vacío parecía inclinarse y envolver al objetivo. Como si una enorme piedra hubiera sido arrojada a un río poderoso, las energías del Vacío se partían a su alrededor, la corriente cambiaba, la estela se volvía turbulenta e inestable.

Aquella sensación no había dejado de crecer, hasta que se detuvieron, ocultos tras un fragmento de roca que se ergía como una espada desde el terreno yermo de la falla. El borde de la roca tenía un halo de luz violácea y brillante, que delataba la presencia del aparecido del Vacío delante de ellos.

—Recuerda —dijo el Caminante intersticial—, esta criatura es mucho más peligrosa que las demás que hemos encontrado hasta ahora. Su corazón me pertenece, pero necesitamos eliminarlo entre los dos. No subestimes su fuerza.

Alleria sujetó con más fuerza el arco.

—Y tú no subestimes la mía.

El Caminante intersticial se dio vuelta y la miró con su rostro inescrutable.

—Buscas el poder para destruir a tu enemigo, pero Xal'atath usará hasta tu propio poder contra ti. Primero debes encontrar el equilibrio.

Alleria quedó desconcertada. El Caminante intersticial le había prometido que iba a aprender mucho en este viaje, pero en este momento, no podía ver ninguna lección o moraleja en su relato resumido de un mundo perdido. Lo que más la había impactado era saber que el poderoso ser que estaba ante ella, y que le aconsejaba dejar atrás todo apego, alguna vez había sido falible, emocional. Había amado y temido y se había preocupado, tal como ella ahora.

—¿Y... qué pasó con los k'areshi? ¿Y con Krysson? —preguntó Alleria, sabiendo que esto lo incomodaría—. ¿Ahora es como tú? ¿O cayó junto con tu mundo?

Su mentor no respondió. Alleria frunció el ceño y estaba por volver a preguntar cuando el brillo violáceo que estaba más adelante resplandeció con fuerza y desapareció. El Caminante intersticial salió de detrás de la piedra, y Alleria junto a él, arco en alto.

La llanura estaba vacía, y no había señales del aparecido del Vacío.

Alleria bajó el arma.

—¿Estamos seguros de que era ese?

—Sí. ¿No lo sentiste?

Alleria asintió.

—¿Quizás *él* nos sentía a *nosotros*?

El Caminante intersticial caminó en un círculo lentamente, e inspeccionó el terreno a su alrededor. Alleria hizo lo mismo, con el arco preparado.

Y ahí lo vio. Allá lejos, entre las piedras dispersas, un destello violeta y, en su mente, otro tirón del Vacío.

Abrió la boca para gritar, pero el Caminante intersticial pasó volando.

Alleria lo siguió corriendo detrás.



Ten cuidado, Caminante intersticial.

Se acerca el Devoratodo.

Esas palabras me perseguían, al igual que ese día terrible en que el cielo se había convertido en una noche teñida de violeta sin estrellas, una noche que muchos temían que fuera eterna.

Y sin embargo, ese no fue el día de la muerte de K'ares. Aún así, había preocupación. Los mercados no volvieron a abrirse, no solo en Ma'nussa sino en todas las ciudades-estado. Las personas se encerraron en sus casas, temerosas del resplandor violáceo que había cubierto al mundo de una sombra lúgubre y antinatural. Salhadaar reunió al Consejo de Oráculos y se debatieron muchos planes a medida que crecían los rumores, no solo de que el cielo anunciaba el fin de todas las cosas sino de que los Oráculos estaba escondidos. La agitación crecía entre quienes habían visto las visiones radiantes y sabían que se deberían haber tomado medidas hacia mucho tiempo.

Pero todo eso terminó en la nada. Al principio hubo incredulidad, que se transformó en alivio, casi alegría, cuando los Oráculos emergieron y armaron un plan para desterrar la larga y malvada noche. Este plan no estaba arraigado en la tecnomancia, sino en un giro hacia las antiguas costumbres, que llevó consuelo a las mentes que deseaban tenerlo. Las personas celebraron y luego, con una resiliencia digna de admiración así como de sorpresa, regresaron a sus vidas cotidianas. O los k'aresi eran más fuertes de lo que yo creía, o sus recuerdos eran más breves de lo que esperaba. Quizás un poco de las dos cosas.

Pero comprendía mi nuevo juramento, el nuevo trabajo de mi vida. Nunca había tenido tanta determinación.

Tenía un mundo que salvar, y el tiempo se estaba acabando.

O los k'areshi eran más fuertes de
lo que yo creía, o sus recuerdos
eran más breves de lo que esperaba.
Quizás un poco de las dos cosas.



Aunque nuestra partida había sido demorada por el Vacío usurpador, acepté la sugerencia de Krysson y armamos un nuevo hogar en Tazavesh. Y si bien Ma'nussa siempre sería *mi* ciudad, los meses subsiguientes en los ajetreados mercados de Tazavesh fueron meses felices, y esa alegría era mérito de Krysson. Salhadaar había elegido quedarse en la ciudad, al igual que la Escriba de almas. Eso significaba que las bailarinas de hechizos también habían encontrado un hogar fijo, el primero en mucho tiempo. Al principio, a Krysson no le gustó nada. Ella y sus hermanos y hermanas eran nómadas: vivir en el camino era *su* juramento. Quedarse en un solo sitio era construirse una prisión y encerrar a los mismísimos espíritus que buscaban liberar con su baile.

Pero si bien Tazavesh no era el verdadero hogar de ninguno de los dos, aquí encontramos otras ventajas. Podíamos caminar por los mercados y comerciar con los ciudadanos, y no había espías que nos miraran ni fisgones que murmuraran. Tazavesh era más libre en muchos aspectos, parecía, y su pueblo desestimaba las reglas que alguna vez habían etiquetado a nuestra relación como tabú.

Con el Hilado, el trabajo era tan difícil como importante. Fiel a su palabra, el Hilado estaba ansioso por contribuir con mi investigación, pero reubicar por completo mi laboratorio desde Ma'nussa era demasiado ambicioso. En lugar de eso, el sumo sacerdote me dio permiso para usar aquello que le dio su fama a Tazavesh: su mercado.

El mercado tenía la misma extensión de la propia Ma'nussa: una ciudad dentro de una ciudad, tan enorme que tenía sus propios distritos y zonas comerciales, con mesas y puestos repletos de todo tipo de artículos de todos los rincones de K'aresh. En verdad, a pesar de haber estado aquí antes, seguía mareándome por su tamaño y su belleza: las espiras altísimas, las telas coloridas entre cada una que abarcaban extensiones imposibles, el humo delicioso que se elevaba entre los puestos con el aroma de cien cocinas de una veintena de territorios. Con lo distraído que estaba por la importancia de mi trabajo y la caída que debía impedir, llegué a depender de la ayuda de Krysson para recolectar todo lo que necesitaba, pues ella había viajado mucho y estaba mucho más cómoda negociando con los comerciantes y artesanos que yo, y podía hacer tratos con mercaderes a quienes yo apenas podía saludar torpemente.

El trabajo avanzaba y Krysson estaba a mi lado, y aún así había algo muy mal.

Ten cuidado, Caminante intersticial.

Se acerca el Devoratodo.

La voz persistía.

A lo largo de las semanas y meses, me había acostumbrado a las visiones radiantes, y en gran medida había podido apartarlas de mi mente mientras me concentraba en mi trabajo. Había muchos susurros del Vacío, y en verdad, desde el primer momento en que apunté mis visoroscopios hacia el Vacío, oí hablar a las criaturas que estaban allí, pero *esta voz* era esa otra cosa, la de antes, la que era diferente, la que había depositado una semilla de miedo dentro de mí, la que yo sabía, *sabía*, que me había buscado. Y cuando volvió a aparecer ahora en el mercado, me congelé.

Ten cuidado, Caminante intersticial.

Me detuve justo frente a un puesto espléndido de vidrio hilado de Tingarla, una de las ciudades-estado más lejanas de Tazavesh. Los artículos estaban a un precio muy alto, y la mercader tenía la precaución de examinar y seleccionar a quienes creía que podían pagarlos incluso antes de llegar a su mesa.

Ten cuidado, Caminante intersticial.

Se acerca el Devoratodo.

Está cerca.

Él es el fin.

Es Dimensius.

Es un Señor del Vacío, y está hambriento.

Fue Krysson quien me sacudió del hechizo. Me espabilé y la vi disculpándose con la mercader, que miraba con ojos recelosos a este fastidio que bloqueaba su puesto. Krysson me alejó de allí, mientras yo seguía aturdido y en silencio, y me llevó de regreso a nuestro alojamiento, y allí espero con paciencia una respuesta mientras yo volvía a mis cabales. Le conté y ella me escuchó, y cuando terminé mi historia, analizó lo que le dije con atención, y me hizo preguntas y observaciones agudas. Era la primera vez que yo hablaba de la voz, y ella era la primera persona en enterarse.

—Debe estar relacionado con las visiones radiantes —dijo ella—. Quizás profundizar tanto en tu investigación sobre el Vacío abrió tu mente a... otra cosa.

Yo no tenía respuestas, claro, y ella tenía poco que decir como consuelo. La conversación entonces viró a sus propias noticias: las bailarinas de hechizos estaban por volver a la ruta una vez más. Krysson me dijo que ella se podía quedar, si yo quería, pero incluso mientras me hacía su propuesta, yo ya sabía cuál sería mi respuesta. Ella tenía su propio juramento que cumplir, al igual que yo.

Le prometí que no permitiría que el miedo en mi mente interfiriera con mi trabajo.



Perdí muchas semanas solo. Sí, trabajé y trabajé mucho, pero a un gran *costo*, renunciando al descanso y el alimento y a toda distracción a medida que la voz en mi mente apartaba esta feliz libertad que había encontrado con Krysson, y la reemplazaba con un miedo —y sí, era miedo, a pesar de la promesa que le había hecho a mi amor— al peligro creciente que enfrentaba K'ares. Mis instrumentos me decían que las energías del Vacío estaban acumulándose alrededor de nuestro mundo a un ritmo verdaderamente alarmante. Un día, que llegaría pronto, estas energías del Vacío harían más que solo aterrorizar a los k'areshi: destrozarian a nuestro mundo y dejarían al desnudo a la propia alma del mundo, y nuestro miedo era solo un condimento más para estas energías del Vacío, tal como se suman ingredientes en la preparación de una comida.

Ten cuidado con el Devoratodo.

Pero mis esfuerzos no habían sido en vano. En mis semanas de investigación, encontré una respuesta. En realidad, estuve allí desde el comienzo, pero recién ahora había comenzado a verla. Podía inventar un modo de proteger a K'ares y su pueblo.

Podía salvar a mi mundo... pero no podía hacerlo solo.

Necesitaba al Hilado y a todos los recursos del mundo para lograr esta hazaña. Me reunía con ellos regularmente para mantenerlos al tanto de mi progreso, pero a medida que pasaba el tiempo, veía cómo me miraban, y quizás no podía culparlos. Estaba agotado, pero me poseía una intensidad febril que incluso yo reconocía que era insopportable. Los datos eran complejos, solo descifrables para mí, un mal vendedor en su mejor día. Y el trabajo no estaba completo. Quizás esa era mi mayor falla: no haberles dado la solución desde el comienzo.

*Quizás esa era mi mayor falla:
no haberles dado la solución
desde el comienzo.*

Pero quería estar *seguro*. Así que esperé, y esa espera me costó.

Y mientras tanto, la voz, ¡la voz! Lo que antes había sido una simple advertencia ahora era una extraña poesía que me llamaba en cada pensamiento.

Ten cuidado, Caminante intersticial.

Se acerca el Devoratodo.



Después de un largo tiempo de dormir en el laboratorio y apenas salir para comer, volví a casa y encontré a Krysson esperándome. Verla fue un bálsamo glorioso para mi mente perturbada. Me abrazó y me sostuvo, y lo único que pude hacer fue quedarme de pie, llorando.

Cuando terminé, ya vacío, se alejó. Me acerqué para darle un beso, y me alejó con una risa. Preparó un baño, que fue largo y caliente y maravilloso, y no hice más que entregarme a sus atenciones mientras me fregaba y lavaba las semanas perdidas. Luego vació la bañera y volvió a llenarla para bañarnos juntos, y durante un rato me olvidé del Vacío y el Hilado. Krysson incluso logró aplacar la voz en mi mente.

Me sentía... completo. *Entero*. Por primera vez en semanas, me sentía *yo mismo*. Envueltos en telas de lino, nos sentamos a disfrutar del cálido aire de la noche y bebimos vino, y me contó de los lugares en los que había estado y los bailes que había bailado. Me contó de por qué amaba a K'aresch, incluso bajo los cielos tocados por el Vacío oscuro, y por qué amaba la vida, y por qué me amaba *a mí*.

Habiéndonos reunido, y habiendo recuperado mi antiguo yo, me sentí envalentonado, seguro de mi trabajo y mis datos. Seguro de que la solución que había encontrado era la correcta.

Mañana van a escuchar, me dije a mí mismo. *No tendrán opción*.

Krysson vio que mi mente estaba divagando, claro.

—Tienes que decirme lo que está preocupándote —me dijo en voz baja, con un susurro de amor y calidez, no de una oscuridad fría y reverberante.

Respiré hondo, y Krysson me apretó la mano.

—Hay poco tiempo —dije—. Y sé el nombre de la amenaza que se cierne sobre nosotros.

Krysson inclinó la cabeza, y en sus rasgos se evidenciaba la preocupación, pero no interrumpió.

—Se llama Dimensius —dijo—. Es un Señor del Vacío, y está intentando destruir K'aresh. Por eso el alma del mundo nos llamó a gritos en las visiones radiantes. Cuándo será que este ser finalmente logre rajar el mundo y consumirlo, no lo sé, pero será pronto. Eso es lo que demuestran mis datos. El mundo quedará hecho pedazos, y los k'areshi morirán inmersos en la oscuridad, el dolor y el terror.

Vi cómo cambiaron los rasgos de Krysson, un indicio del miedo que yo mismo conocía tan bien, y que ahora se arraigaba en ella. Tomé su mano y la acerqué a mí.

—Pero yo puedo salvar a K'aresh.

Sus ojos se abrieron con asombro.

—¿Puedes detener a un Señor del Vacío?

Sacudí la cabeza.

—No. Y creo que nada puede detenerlo. Dimensius destrozará al planeta. Es una fuerza imparable.

—Pero dijiste...

Apreté su mano.

—Dije que puedo salvar a K'aresh... o a gran parte. Los k'areshi sobrevivirán. Pero si el Señor del Vacío dejará su comida o buscará otro objetivo... no lo sé.

Sentí que mi amor por Krysson crecía en ese momento. Veía una transformación en ella, y su fe, su orgullo, por mí y mi trabajo y mi juramento le daban fuerza igual que a mí. Incluso se rio suavemente.

—¿Y el Hilado qué dice?

Me reí yo.

—Aún no les dije.

Krysson se alejó de mí y se quedó quieta, con expresión seria.

—El tiempo se acaba y tú *aún* no les dijiste?

Suspiré.

—Es... complicado, amor mío. Somos un grupo dividido. Algunos creen en mí, pero otros me llaman Hechicero del Vacío, y dicen que fue un error que me haya unido a ellos. —Sentí cómo se hundían mis hombros—. Están cansados de los problemas

y quieren una solución. Pero si llevo una respuesta aún incompleta la aplastarían. Necesito estar bien preparado.

Krysson cruzó los brazos con fuerza y comenzó a caminar a paso rápido por la habitación, del balcón a la recámara, y los pies iban pateando las alfombras como una bailarina de hechizos patea la arena. La miré con sorpresa, a la espera de una crítica que sabía que me merecía.

—¡Si quieren una solución, dáselas! —dijo ella, sin frenar su paso—. Si tus cálculos sobre el poder de las cintas reshii están terminados, preséntalos. —Se detuvo y me miró, pero esta vez tenía un gesto cálido en el rostro—. Te olvidas quién eres. Eres el Caminante intersticial. *Ese* es el juramento que hiciste. *Esa* es tu verdad. —Caminó hacia el balcón y abrió los brazos frente a la ciudad a oscuras frente a ella—. Los k'areshi somos fuertes, todos nosotros. Pero el alma del mundo te llamó a *ti*. Tú escuchaste, tú trabajaste, y tú tienes la respuesta. Tú defendiste a K'aresh cuando incluso sus figuras más importantes te humillaron, y luego fueron a verte en secreto en busca de ayuda. *Tú* eres la respuesta.

No sabía qué decir. Nadie antes había hecho semejantes declaraciones sobre mí ni había tenido una fe tan inquebrantable sobre mi valor. Krysson me tomó de las manos y me hizo poner de pie. Me dio un beso con suavidad.

—Tú puedes salvar al mundo, amor mío. *Esa* es tu verdad.

La miré a los ojos y ella, a los míos. Temblaba bajo sus manos, casi sin poder mantenerme en pie, y aún así Krysson se mantuvo firme y orgullosa, con una fuerza digna de las maravillas del mundo.

Y tenía razón. Había pasado demasiado tiempo a la espera, ensimismado y lleno de dudas y miedos, mientras el Hilado también esperaba, y sus propias dudas y miedos se multiplicaban cada día.

Basta. *Basta*. Yo era el Caminante intersticial, y estaba listo.

Que venga el Vacío, pues K'aresh también estaría lista.



Pero el alma del mundo te llamó a ti. Tú escuchaste, tú trabajaste, y tú tienes la respuesta. Tú defendiste a K'aresch cuando incluso sus figuras más importantes te humillaron, y luego fueron a verte en secreto en busca de ayuda. Tú eres la respuesta.

En el camino hacia el Hilado con mi informe final, me encontré con Nari y Ky'veza. De todo el ilustre grupo, eran ellas dos con quien yo era más cercano, y las saludé con calidez en el mercado, pero vi que sus caras se cubrieron con una sombra de reticencia.

Eché para atrás la caperuza de mi capa, y la mejora de mi estado debe haber sido muy evidente, incluso para mis compañeros, ya que ambas me contemplaron con sorpresa. Sin embargo, vi un gesto en el rostro de Ky'veza y me sentí de repente nervioso. Apreté con fuerza los resultados que tenía que presentar.

—Hay *rumores* —dijo Ky'veza, y se detuvo, con la mirada baja en la calle polvorienta. Conocía esa mirada, era la misma que vi en la última reunión de los Oráculos, hacía ya tanto tiempo.

—Hay algunos en el Hilado que quieren distanciarse —dijo Nari—. De ti y de tu trabajo.

Miré a Nari a la cara como si allí estuvieran las respuestas a todas mis posibles preguntas.

Ten cuidado con el Devoratodo.

—Eso ya lo sé, Nari —dije—. ¿Pero qué ocurrió? ¿Por qué la advertencia ahora?

Ten cuidado con Dimensius.

Se detuvo, en busca de las palabras correctas.

—Tu investigación es difícil de comprender para el Consejo. Además, dices que las energías del Vacío que se acercan pronto empezarán a afectar también al planeta, pero no las hemos visto, dependemos solo de *tus* datos, *tus* resultados. Hay quienes susurran que las viejas costumbres han estado funcionando, que la tecnomancia ya no tiene más nada para ofrecer a K'aresh. Y hay quienes...

—Hay quienes quieren que te vayas —terminó Ky'veza—. Nos vinieron a ver anoche. Una delegación de quienes buscan retirar tu juramento. Aquellos que no creen que seas el Caminante intersticial sino un Hechicero del Vacío. Te estarán esperando.

Sacudí la cabeza, pero el tono de urgencia de Nari me interpeló nuevamente.

—¡Escucha! Aún hay tiempo de enderezar el curso de las cosas, pero queda poco. Tienes seguidores, tenemos la suerte de contar a Salhadaar entre ellos, pero incluso su paciencia comienza a agotarse. Necesitan *soluciones*.

Había aprendido a tomar en serio el consejo de Nari, incluso más que el de mi antigua amiga Ky'veza. Por ser una agente encubierta de los Oráculos y además miembro del Hilado, Nari veía y oía más que cualquier otro. La gente confiaba en ella sin siquiera darse cuenta, y no había nadie que comprendiera mejor el estado de la situación actual que ella.

Ten cuidado con el Devoratodo.

—Y yo tengo la solución —dije, no sin algo de orgullo—. Toma. Mira. El trabajo está terminado. Estoy listo.

Comencé a ordenar mis papeles hasta que Nari me tomó de la mano para detenerme con firmeza.

Ten cuidado con Dimensius.

—¿Estás seguro?

Cuidado con este Señor del Vacío.

Asentí.

—Por eso convoqué la reunión para hoy.

Está hambriento.

—Puedo salvar a K'ares.

Nari y Ky'veza intercambiaron miradas. Si hablaron, no pude oírlas.

Porque estaba escuchando otra voz por completo.



Ante la insistencia de Krysson, emiti el llamado para la convocatoria más tarde de lo habitual y, a favor del Hilado, respondieron del mismo modo. Mientras me dirigía hacia el Consejo junto a Nari y Ky'veza, pensé en su advertencia. Quizás la velocidad de la respuesta del Hilado no se debía a un entusiasmo por oír mi solución sino más bien por ver mi caída.

Y a pesar del desvío de mi conversación en la plaza del mercado, los tres llegamos al sitio convocado para la reunión mucho antes que los demás miembros de la sociedad secreta, tal como había querido. Me quité mi capa de viajero habitual y les di la bienvenida a todos mis pares uno por uno a medida que llegaban. Noté con gusto el

asombro en su cara cuando me veían, bañado y con aspecto digno, vestido con mi toga más elegante de tecnomante, de color dorado y púrpura, y con la pequeña corona de un noble de Ma'nussa en la frente. Ante a ese detalle, hasta Bilaal, el propio líder de Tazavesh, no pudo evitar sonreír, e hizo una reverencia ante mí, pero con buen humor a pesar de la diferencia de rango entre nosotros.

Sí, había un cambio en mí, y todos podían verlo. Ahora dependía de mí que ese cambio valiera la pena. Había pasado los meses previos demostrándoles el problema a mentes que cada vez estaban más cerradas a mis palabras. Ahora iba a tener que lograr que se abrieran una vez más y poder explicar mi solución.

—Mi plan es sencillo —dije—, y al mismo tiempo, el proyecto más complejo que K'aresh jamás haya visto. —No necesitaba los papiros atados que había llevado, porque podía recitar cada mínimo detalle de mi plan como si fuera una canción que había escuchado mil veces. Pero había llevado algo más para usar de argumento, y en ese momento lo saqué. Parecía tan liviano como la nada, una simple tira de tela plateada, suave, que ondulaba y se movía como un río tranquilo. Pero cuando la moví en mis manos, brilló una luz en lo profundo de su interior y emitió rayos arcanos por todo el concejo, pálidos, pero sobrenaturales, y nadie dudó de la clase de poder que estaba entrelazado en la mismísima tela.

—Las cintas reshii son algo que todos conocemos —dije—. La mayor parte de los líderes de K'aresh las tienen, y son símbolos de nuestros lazos con las antiguas costumbres. Son parte de nuestra historia, un recordatorio de nuestro pasado. Pero les diré ahora que también son la clave de nuestro futuro. Sabemos que dentro de ellas habita lo arcano, pero soy yo quien ha descubierto el secreto para invocar ese poder.

—Sostuve la cinta sobre mi cabeza—. Gracias a dispositivos que diseñé yo mismo, estos artefactos sagrados pueden transmutar *cualquier* tipo de energía en poder arcano. Este poder puede manipularse, canalizarse por los núcleos de grandes reactores, para los cuales también diseñé los planos.

Bilaal dio un paso adelante. Bajé las manos para mostrarle la cinta reshii, y la analizó, pero a un ritmo más lento, como si tuviera miedo de tocarla. Al terminar, me miró.

—¿Reactores?

**Gracias a dispositivos que
diseñé yo mismo, estos
artefactos sagrados pueden
transmutar cualquier tipo de
energía en poder arcano. Este
poder puede manipularse.**

—En efecto —dije—. Con esos reactores lograremos alimentar de energía a las barreras de magia arcana, y las podremos levantar en todas las ciudades-estado de K'ares. Serán impenetrables, inviolables, y nos protegerán. —Luego de decir eso, miré al resto del concejo—. No se equivoquen, el Vacío se prepara su gran ataque. Según mi investigación, esta amenaza que oscurece nuestro cielo surge de un señor del Vacío, Dimensius. Este ser terrible partirá a nuestro mundo en dos cuando crea que llegó el momento, y a cada minuto avanzamos más rápido hacia esa destrucción. No podemos impedirlo. —Sostuve la tira simple de tela nuevamente—. Pero no va a encontrar materia con la que alimentarse. Nosotros, los k'areshi, sobreviviremos, a salvo detrás de nuestras barreras.

Los miembros del Hilado se quedaron sentados, contemplando mi propuesta. Cuando Nari sonrió en su rincón, Ky'veza también hizo saber su aprobación. Se puso de pie y caminó con firmeza entre el grupo para tomar mi mano entre las suyas.

—Funcionará —le dije—. Lo sé.

La expresión de Salhadaar era oscura, pero me di cuenta de que estaba sumergido en sus pensamientos.

—La construcción de las barreras es un trabajo que no podemos ocultar —dijo finalmente—. Requerirá el trabajo de muchos.

Asentí.

—Entonces es hora de hablar con la gente. Ya son más los que ven las visiones radiantes. Están asustados, y el Vacío se alimenta de ese miedo. Tú eres el sumo sacerdote. La gente espera respuestas de ti y de los Oráculos. Debes contarles todo, y pronto, porque si queremos proteger a K'aresh, debemos construir rápidamente las barreras mágicas.

Bilaal lanzó un suspiro con fuerza.

—La planificación por sí sola será de gran magnitud, y el único que comprende de veras lo que tenemos que construir eres *tú*. —Bilaal miró a Salhadaar—. Para coordinar un proyecto así, yo...

—Dejemos que el Caminante intersticial dirija.

El grupo se dio vuelta al unísono hacia Nari, que salió del rincón hacia el sector iluminado.

—El Hilado *necesita* al Caminante intersticial. Por eso se unió a nosotros. — Recorrió la sala, observando a cada miembro—. No tenemos tiempo para perder en discusiones y debates. Necesitamos un líder. Alguien que guíe nuestro trabajo y prepare a nuestro mundo para lo que viene. —Se detuvo frente a mí. Cruzamos miradas, y repitió su conclusión—: Dejemos que el Caminante intersticial dirija. Si seguimos sus órdenes, podemos estar preparados.

Hubo murmullos en el grupo. Las risotadas de Etries eran las más sonoras, pero la ignoré. Los demás fruncían el ceño, pero otros asentían, y pronto hubo más gestos de acuerdo.

Al igual que yo, aceptaron el consejo de Nairi con notable seriedad.

Pero Bilaal se rio.

—Ridículo. —Me examinó como si fuera un pedazo de chatarra de la basura—. Un tecnomante de Ma'nussa no puede dar órdenes al sumo sacerdote de lo Indómito.

Salhadaar hizo un gesto de dolor.

—Y aún así...

—¡No puedes estar de acuerdo! —gritó Etries—. Los Oráculos...

—Los Oráculos obedecen mis órdenes —dijo Salhadaar.

—Quizás... —Era uno de los mercaderes capitanes, Gez'her. Hablaba poco en las reuniones, pero siempre con cautela y reflexión—. Quizás si estudiamos estos planes que trajo el Caminante intersticial con cuidado... — Se dio vuelta para mirarme—. Si quizás pudiéramos aprender mejor tus métodos, podríamos compartir la responsabilidad de estas cintas reshi.

Ky'veza interrumpió.

—¡Perdemos tiempo! Ya oíste al Caminante intersticial. El Vacío viene por nosotros, y viene con Dimensius. Debemos actuar, y actuar ahora. —Dio un paso hacia Salhadaar, tan próximo que él se fue instintivamente para atrás—. Dilo, sumo sacerdote. Di las palabras, y podrá comenzar el trabajo.

Bilaal volvió a reír.

—El pueblo de Ma'nussa merece unas felicitaciones por su paciencia, Ky'veza.

Pero aquí tus modales son menos valorados de lo que crees.

—Suficiente.

Toda la atención estaba volcada sobre el sumo sacerdote. Con semblante severo, me miró, y así fue que me otorgaron la autoridad con una sencilla orden.

—Ya está hecho. El Hilado estará conducido por el Caminante intersticial. Él ordena, y nosotros obedecemos. Mi última orden es que el trabajo debe comenzar de inmediato.

El silencio reinó, pero luego, uno por uno, el Hilado se puso de pie y se acercó a mi lado. Pronto, solo Bilaal y Etries permanecieron en su lugar, pero con mis adeptos detrás de mí, incluido el sumo sacerdote, di un paso adelante y les ofrecí la mano.

—Hacemos esto por K'ares— dije—. Hacemos esto por los k'areshi.

Eso fue suficiente, pues Etries asintió y luego tomó la mano que le ofrecían. Quizás su decisión fue suficiente para convencer a Bilaal, ya que luego de un rato, en que el gobernante de Tazavesh se quedó sentado mirando a lo lejos, finalmente se unió a nosotros. La mirada fulminante que me dirigió cuando se acercó no me gustó, pero la aparté de mi mente.

Había mucho que hacer.



Decir que K'ares nunca volvería a ser el mismo es subestimar un asunto inabarcable para la mente, pues la transformación de nuestro mundo fue tan veloz como impactante. Por orden del Consejo de Oráculos, bajo mi mando secreto del Hilado, todos los esfuerzos se concentraron en la construcción de los reactores arcanos que propuse, y los k'areshi tomaron nuevos juramentos para comprometer sus caminos a esta gran labor.

Mientras el mundo trabajaba, la voz del Vacío continuaba hablando. Al principio, intenté ignorarla, luego llegué a aceptarla, pues sabía que la había oído por un motivo. Era necio ignorar las advertencias que me daba, que además me servían para fortalecer mi determinación.

Fue la voz la que me dijo que estaba llegando la hora, que Dimensius estaba cerca, que pronto el Vacío tocaría la orilla de nuestro mundo antes de que el Señor del Vacío nos devorase por completo.

A decir verdad, había habido disenso incluso entre los habitantes, aunque quizás eso no alcance a describir la sensación. Tazavesh y Ma'nussa, Gastalt y Dervashna, y todas las ciudades-estado en el medio habían cambiado para siempre. Las calles, los canales y las plazas de los mercados se habían convertido en un laberinto de conductos y canales, tuberías y acueductos que llevaban no solo agua sino la energía arcana vibrante y pulsante de las cintas reshii de un gran reactor al siguiente: un enorme sistema que conformaba una red para alimentar de energía a las barreras que defenderían nuestros cielos.

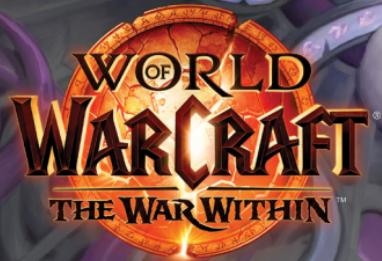
Pero el humor de la población cambió pronto porque un día el Vacío sacudió los cimientos de nuestro mundo. Fue tal como habían predicho mis cálculos, y tal como había prometido la voz. Habíamos terminado la tarea, sin un segundo de sobra.

El escudo arcano se elevó y con un crujido cobró vida, y se mantuvo firme mientras el poder oscuro del Vacío se estrellaba contra él, como granos de arena en una tormenta de polvo. Las barreras funcionaron, y los k'areshi se regocijaron, a salvo en sus hogares, en sus queridas ciudades-estado.

Por primera vez en toda la Guerra de la Devoración, parecía que K'aresh podía ganar.

Jamás me hubiera imaginado que la supervivencia de mi pueblo tendría un precio terrible, y si bien yo había salvado a los k'areshi de una fatalidad, en verdad los había condenado a otro destino completamente distinto.

Las calles, los canales y las plazas de los mercados se habían convertido en un laberinto de conductos y canales, tuberías y acueductos que llevaban no solo agua sino la energía arcana vibrante y pulsante de las cintas reshii.



LA DESTRUCCIÓN DE K'ARESH

DE ADAM CHRISTOPHER

3

EL ETEREUM

HISTORIA
ADAM CHRISTOPHER

ILUSTRACIONES
CYNTHIA SHEPPARD

EDICIÓN
CHLOE FRABONI

DISEÑO Y DIRECCIÓN DE ARTE
COREY PETERSCHMIDT

ASESORAMIENTO DE HISTORIA
SEAN COPELAND

ASESORAMIENTO CREATIVO
RAPHAEL AHAD, NICHOLAS McDOWELL,
CHRIS METZEN, STACEY PHILLIPS,
KOREY REGAN, STEPHANIE YOON

PRODUCCIÓN
BRIANNE MESSINA, VALERIE STONE,
CARLOS RENTA

TRADUCCIÓN
PAULA GÜRTLER

CORRECCIÓN
LAURA CAMPOS



©2025 Blizzard Entertainment, Inc., Blizzard y el logo de Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas comerciales registradas de Blizzard Entertainment, Inc. en los EE. UU. o en otros países.

Publicado por Blizzard Entertainment.

Esta historia es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares e incidentes que se retratan son productos de la imaginación del autor o del artista, o se usan de forma ficticia, y cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o lugares es pura coincidencia.

Blizzard Entertainment no ejerce control sobre los sitios web pertenecientes a los autores o a terceros ni sobre su contenido, como así tampoco asume responsabilidad alguna respecto de ellos.

Los años que siguieron fueron terribles y oscuros, tanto en el corazón de los k'areshi como para el propio K'aresh. Pues si bien las barreras resistían y seguían firmes, la tenue luminosidad arcana y su extraña calidez ahora eran lo único que mantenía con vida a nuestro mundo. La luz de los dos soles de K'aresh, Meter y Ti'meter, nunca volvería a brillar sobre esta tierra, ni sobre ninguna otra. Habían sido extirpadas, comidas, *consumidas* por Dimensius y su hambre insaciable. K'aresh mismo ahora estaba solo, atrapado en el Vacío, prisionero de su terrible Señor.

Sin embargo, había algo que aún brillaba en nuestro pueblo, aunque nuestro futuro seguía siendo tan oscuro como los cielos que nos cubrían.

Teníamos *esperanza*. Creíamos en nosotros mismos y en el Consejo de Oráculos.

Y el Hilado tenía creía en *mí*.

El Vacío detrás de nuestras barreras rugía como si fuera una bestia viva, pero los k'areshi encontraron otro tipo de fuerza; no se conformaban solo con ser espectadores, sino que peleaban también, y todos los aspectos, el Indómito, el Intercambio, la Prueba, el Arquitecto, estaban unidos más que nunca, y luchaban contra el Vacío indescifrable con hechizos y encantamientos, máquinas y dispositivos ingeniosos. El Vacío era un

horror amorfo y terrible. Pero el espíritu k'areshi era feroz e inclaudicable, algo que Dimensius, el Señor del Vacío, no pudo anticipar.

Y así fue que las barreras resistieron... y lo que comenzó como una guerra pronto se convirtió en un asedio. Sí, estábamos protegidos. Sí, la vida continuó como pudo.

¿Pero cuánto duraríamos?

Porque la verdad era que la misma protección de la que ahora dependíamos había tenido un costo terrible. Esas barreras mágicas de poderío arcano habían salvado nuestras ciudades, pero estaban desollando vivo a nuestro pueblo.

Al principio tuvo muchos nombres, pero pronto todos lo conocían simplemente como la Ruina.

Yo había visto las señales, y solo puedo maldecir mi soberbia por no haber hecho algo antes. A medida que se construían las barreras, quienes las construían comenzaban a marchitarse y debilitarse, su piel se despellejaba, quemada y hecha cenizas, como si hubieran estado en un gran incendio. Quizás mi trabajo, mis cálculos *sí* tendrían que haber sido cuestionados, por mí mismo, por Nari, que siempre estaba a mi lado, por el Hilado, que me había buscado para ser su líder y guía. Quizás si ellos hubieran visto lo que yo vi, si hubieran sabido lo que yo sabía, y hubieran sospechado lo que les *oculté*, yo habría encontrado una solución.

Los datos eran simples: los enormes domos quizás parecieran sólidos, pero su poder estaba en un estado de flujo constante, que exigía una corriente de magia tan grande que era casi inconcebible. Mis cálculos, a pesar de ser terroríficos, eran correctos, y fueron tomados como un costo aceptable para mantener las barreras en un período corto de asedio.

Pero Dimensius tenía una paciencia que no se media ni en meses ni en años, sino en eternidades. Cuanto más duraba el asedio, más terrible se volvía el destino de los k'areshi.

Consulté con los tecnomantes y los magos para hallar una respuesta, pero a medida que la verdadera magnitud del problema se volvía evidente, comenzaron a recluirse cada vez más. Se enclaustraron para leer absortos, pero no leían mis datos sino tomos destruidos que fueron recuperados de antiguas criptas, hechizos y magias de otras épocas y lugares... Se volcaban a la superstición y los rituales para encontrar la respuesta que yo no podía darles.

Al principio tuvo
muchos nombres,
pero pronto todos
lo conocían simplemente
como la Ruina.

La Ruina pronto se extendió, y se esparció lejos de los trabajadores que habían tenido el contacto más estrecho con lo arcano y hacia los habitantes de las ciudades. Cuerpos quemados, retorcidos, marchitados, con la carne quemada sin calor por el flujo infinito de las barreras que calcinaba a las personas con la potencia de muchos soles. Todos los k'areshi, desde los Oráculos hasta los nómadas de los páramos, comenzaron a envolver sus cuerpos abrasados con vendas dispuestas en capas. Con el tiempo, las barreras fueron la protección de ciudades-estado pobladas por seres sin rostro ni rasgos.

Los k'areshi eran fuertes, pero no *tan* fuertes. Esta era una prueba como ninguna otra, y temí que la Ruina fuera nuestro fin. La sociedad que había sido gobernada tan atentamente por el Consejo de Oráculos comenzó a desmoronarse, como nuestros cuerpos expuestos a la energía arcana. Aquellos susurros de disenso volvieron a resonar, pero ahora con una violencia nunca antes vista entre las ciudades-estado de nuestro mundo.

Primero la Ruina, y luego... el caos. Algunos de los que luchaban contra el Vacío atacaron con magia a los suyos. Hubo zonas de Tazavesh y Ma'nussa que, tras ser abandonadas a los reactores arcanos y los conductos que los alimentaban, se convirtieron en campos de batalla, y yo contemplaba con pesar nuestro descenso a una especie de locura. Los Oráculos, por su parte, mantuvieron una mano firme. Fue gracias a ellos y al profundo compromiso de los k'areshi con sus juramentos que se evitó la total anarquía. Pero incluso los días pacíficos, había una tensión en el aire que era insoportable.

Pero quizás no importaba, pues había cometido otros errores en mis cálculos. La verdad es que las cintas reshii eran perfectas en su capacidad de transmutar todas y cada una de las energías, incluso las del Vacío. Así que si bien alimentaban las barreras por su canalización de energía entre la red de los reactores arcanos que ahora cubría a K'aresh, su propia naturaleza significaba que el proceso estaba, por su propia voluntad, sucediendo *a la inversa* también. El poder del Vacío era tal que todos los ataques de Dimensius alimentaban a los propios reactores, y las barreras absorbían la energía, que era transmutada por las cintas reshii sin que yo lo hubiera dispuesto así. Al principio, festejé la noticia, pero luego mi alegría se convirtió en desesperación cuando me di

cuenta del destino al que había condenado a mi pueblo. Estar expuesto a una energía arcaica cada vez mayor durante tantos, tantos años... *esta* era la verdadera causa de la Ruina.

Las barreras iban a sobrevivir, pero quienes quedaran atrapados debajo, no. Incluso si un día Dimensius lograba atravesar nuestras defensas, el mundo que consumiría estaría muerto.



—Tengo miedo.

Krysson estaba acostada en la cama, de espaldas a mí. Me arrodillé en el piso a su lado con unas cintas nuevas cerca y las tijeras que usaba para quitarle las vendas viejas. Por un momento, recordé la piel debajo de las vendas, recordé la sensación al tacto bajo mi mano, la suavidad y la calidez, y me pregunté si alguna vez volvería a sentir eso de nuevo.

—¿Amor mío?

Krysson se acomodó para mirarme. La miré a los ojos, dos joyas resplandecientes que brillaban por entre la delgada rendija de las vendas. Ahora sus ojos era lo único que podía ver de ella, y los míos era lo único que ella veía de mí.

Sus palabras me sorprendieron. Sí, ya había hablado de sus miedos antes, al igual que yo. Pero ahora tenían otro sentido. Algo que yo también sentía. Krysson no temía por ella, ni siquiera por mí, sino por el destino de K'aresh y los k'areshi. La idea de que todo lo que habíamos hecho había sido en vano, que las barreras que llevaron tanto trabajo solo habían prolongado lo inevitable, era otra agonía. Habían condenado a nuestro pueblo a una muerte en vida, destruyéndolos en cuerpo y mente antes de que Dimensius llegara a consumirnos de todos modos.

Krysson miró a otro lado de nuevo. Retomé la tarea de cambiarle las vendas. Corté la primera, y Krysson suspiró. Las vendas eran un requisito, pero incluso después de todo este tiempo, nadie de mi pueblo se había acostumbrado a usarlas.

—Si morimos —dijo Krysson—, al menos morimos juntos.

Seguí cortando.

Krysson no temía por ella, ni
siquiera por mí, sino por el
destino de K'ares y los k'areshi.

—Y al menos morimos luchando —continuó—. Has servido bien a K'aresh, mi amor. Las barreras funcionaron.

Reprimí una risa y, sorprendido de mi propia reacción, detuve mi tarea.

—Protegí a los k'areshi, pero terminamos peleando entre nosotros, muriendo bajo la fuente de nuestra protección. Y al final, lo inevitable solo fue demorado. Todo lo que hemos hecho... a veces me pregunto por qué lo hicimos.

—Lo hicimos por *nosotros*. —Krysson se giró en la cama y extendió su mano vendada para tomar la mía, que apretó con fuerza—. Morimos como *k'areshi*, no como una terrible corrupción del Vacío. *Eso*, amor mío, es un tormento perpetuo. Nos has salvado de ese destino, y por eso y muchos otros motivos más, te he amado durante tanto tiempo.

Y en ese momento oí algo en mi mente. No era la voz, que no había oído en muchos meses, era un sonido simple, una sola nota... no, un solo *pensamiento*, que ahogaba a todos los demás y resonaba como un timbre en mi cabeza. Estaba petrificado en el lugar, inmóvil, mis ojos ya no la miraban a ella, sino a su espalda, donde había estado la última capa de vendajes. La tela debería haber estado oscura, manchada por la descomposición de la carne que cubría. Pero en lugar de eso, había...

Apenas podía creerlo.

Krysson se movió para ponerse de pie, pero le hice un gesto para que se quedara donde estaba. Le solté la mano y ella dio un grito de sorpresa, pero yo ya estaba de pie. Apagué el farol y la recámara se sumergió en una repentina oscuridad.

¡No, la recámara *no* estaba oscura! Había una luz, y salía de la propia Krysson, pálida, pero estaba allí. A medida que mis ojos se ajustaban a la penumbra, vi el modo en que se movía la luz bajo las vendas, no solo en la parte en que había dejado expuesta, sino también en otras partes del cuerpo.

Era una luz que yo conocía. Era una luz que *todos* los k'areshi conocimos a lo largo de estos años terribles.

Era la luz de las barreras arcanas. Las heridas de Krysson ya no eran físicas, eran *mágicas*. Los poderes de transmutación de las cintas reshii había traspasado el umbral, algo fuera de mis cálculos, una vez más.

Ya no seres de carne y hueso.

Me congelé en el lugar, mientras el brillo arcano que emitía el cuerpo de Krysson reverberaba en la habitación, y en todo mi cuerpo.

Algo más.

Escuchaba la voz de mi mente, y resistía la urgencia...

Sí. Ya sabes. Es la respuesta.

...por darme vuelta y enfrentar una presencia que sentí repentinamente en el hombro, pero...

Lo sabes.

...que no estaba allí.

¿Pero tu pueblo escuchará?

Por segunda vez en mi vida, sabía cómo salvar a mi pueblo.



Salhadaar miró atentamente a Krysson. Me avergonzaba haberle pedido que fuera hasta allí a mostrarnos su carne resplandeciente para convertirse en un objeto de la curiosidad científica. Pero aceptó la tarea de inmediato, para mi alegría, pues ella era la prueba de que había un futuro para los k'areshi, aunque no para K'aresh.

Salhadaar esperó junto al resto del Hilado. Ahora éramos un grupo más pequeño: muchos de nuestros pares habían sucumbido a la Ruina. Aquellos que permanecían estaban de pie envueltos en vendas, y sus togas y prendas eran el único modo de identificarlos.

Bajo la mirada de Salhadaar, Krysson mostró su espalda sin vendajes y, como prueba adicional, expuso también su brazo izquierdo. Sobre sus tendones ennegrecidos se entrecruzaban grietas que formaban un patrón como el de los antiguos caminos de piedra donde caminaba la gente, y en esas grietas brillaba la luz de lo arcano.

—Tienes confianza en tus cálculos.

Habló la voz de Ky'veza, y no lo dijo como una pregunta, sino como una afirmación. Como siempre, ella y Nari estaban a mi lado. No podía ver sonreír a Nari, esta vez no, pero me imaginaba que su gesto cálido seguía allí, debajo de las vendas.

Me incliné ante ellas, y luego me di vuelta hacia Salhadaar.

—Las cintas reshii son ciertamente artefactos poderosos —dijo—. Y tienen un último secreto que revelar. —Observé las caras cubiertas e inexpresivas de mis amigos—. ¿No ven? Si somos seres de energía, no necesitaremos este mundo. Podemos ir a donde queramos, a cualquier lugar de la Gran Oscuridad del Más Allá. Las cintas reshii no solo nos permitirán sobrevivir, sino que nos permitirán convertirnos en algo *más*.

Salhadaar hizo una mueca al oír mis palabras. Miró a Bilaal, pero ninguno de los dos habló. Si bien sus gestos eran inescrutables, su lenguaje corporal era tan claro como un grimorio abierto.

Insistí en mi argumento.

—La Ruina es imparable. Es un producto secundario de las barreras, un fin inevitable para nuestro pueblo. ¿Pero si eso no fuera así? ¿Y si pudiéramos seguir viviendo? La transmutación de energía. ¡La transmutación de los *k'areshl*! ¡Y ahora les digo que es posible! —Levanté la mano y arranqué las vendas que la envolvían. La carne estaba prácticamente momificada, apenas colgando de los débiles huesos, pero... sí, ahí estaba. El brillo de lo arcano, más débil que el de Krysson, pero allí de todos modos—. No tenemos por qué estar atados a nuestros cuerpos físicos. Con las cintas reshii, podemos transmutar nuestros seres y convertirnos en seres de *energía*. Podemos seguir viviendo: todos nosotros, y nuestro mundo también. Podemos construir un nuevo K'aresh y un nuevo futuro, libre de barreras, y fuera del alcance de Dimensius.

Me detuve, y a mi alrededor el Hilado permaneció en silencio. Maldije a las vendas que estábamos obligados a usar y que me impedían ver las verdaderas reacciones del grupo. La realidad es que no tenía más para decir. Sabía que las cintas reshii eran el medio para lograr nuestra salvación, pero no sabía cómo. En mi mente, me sentía avergonzado, pues sabía que llevaría tiempo encontrar el mecanismo preciso.

Y la paciencia de mis pares se había agotado.

Entonces Nari intervino.

—Es una estrategia desesperada —dijo—. La última apuesta de una raza moribunda.

Salhadaar y Bilaal se movieron, y se miraron una vez más.

—Pero —continuó Nari— es nuestra única esperanza. Si queremos que los *k'areshl* sobrevivan, no tenemos otra opción. —Hizo un gesto en mi dirección—. Los esfuerzos del Caminante intersticial nos han protegido hasta ahora.

*Si somos seres de energía, no
necesitaremos este mundo.
Podemos ir a donde queramos,
a cualquier lugar de la Gran
Oscuridad del Más Allá.*

Hubo un murmullo tras esas palabras. Susurros. Sentí a Krysson tomarme la mano sin vendas en la suya, y por primera vez en mucho tiempo, sentí su piel contra la mía... quemada, seca, frágil, sí, pero por un momento me perdí en los recuerdos felices de tiempos lejanos vividos con mi amor.

Fue Bilaal quien interrumpió mi ensoñación. Quizás se suponía que solo Salhadaar debía escuchar su palabra, pero algo me indicó lo contrario.

—*Blasfemia*.

Krysson apretó con más fuerza mi mano y se oyó una exclamación de asombro en toda la sala.

Salhadaar levantó sus propias manos vendadas.

—Decoro, por favor. —Me miró—. Tengo mucho que pensar —Se dirigió al Hilado ahora—: Vayan. Los convocaré aquí una vez más para mi decisión final.

Luego, el Hilado partió.

Esa sería la última vez, pero no lo sabía en aquel entonces.



No se supo de Salhadaar al día siguiente, ni al otro, ni por muchos más. Pero yo no esperé su decreto, una mera formalidad, sin dudas, pues sabía que mi tarea era urgente, que el trabajo por delante era difícil, y que el tiempo no era nuestro aliado. Por lo tanto, comencé a recolectar las cintas reshii que aún no habían sido usadas en los reactores arcanos. Apenas comencé a hacer eso, volvió la voz.

Sí, Caminante intersticial. Búscalas ahora, antes de que sea demasiado tarde.

Tuve dudas sobre esta voz, y no era la primera vez.

—¿Era real? ¿O era apenas una faceta de mi propia mente que me hablaba? Pues a medida que recogía las cintas reshii, el susurro solo me decía lo que yo ya sabía.

Las cintas reshii son la clave del futuro. La hora del ascenso k'aresi ha llegado.

No podía actuar solo, y acudí a Nari en busca de ayuda. Su red de agentes se extendía por todo K'ares, y recolectar las cintas reshii requeriría muchas manos.

Pero al tercer día Nari regresó con noticias inquietantes. Sus agentes habían fallado en su tarea, las cintas reshii ya no estaban en su sitio sagrado, y habían sido

recolectadas por el propio Salhadaar... Sin embargo, ella frenó mi entusiasmo en seco. Dudaba de que el sumo sacerdote estuviera tomando acciones en preparación de lo que venía, pues en sus viajes, Nari había oído y visto muchas cosas. Había rumores e intrigas, noticias susurradas de que Salhadaar ya no se llamaba a sí mismo sumo sacerdote, y que iba a hacer un discurso público al otro día.

Salhadaar estaba haciendo planes. Y esos planes, dijo Nari, no incluían al Hilado.

Convoqué a Ky'veza y también a Krysson, pues temía por lo que iba a venir, y quería que estuviese cerca. No sé cuánto duró nuestra reunión. Pero poco después, una campana resonó por toda la ciudad... provenía de la plaza del mercado. Los cuatro fuimos velozmente, y encontramos la plaza llena de más ciudadanos envueltos en vendas de los que había visto en mucho tiempo. Las noticias que Nari había oido se habían difundido, se ve, y no iba a ser la primera vez que yo maldijera mi dedicación a mi juramento, que solía aislarme de las noticias del mundo.

La campana volvió a sonar, y hubo movimientos en el balcón del salón del gremio del mercado. Salhadaar apareció con Bilaal a su lado. Pero había alguien más a quien yo no veía desde hacía mucho, mucho tiempo.

—La Escriba de almas —murmuró Ky'veza en mi oído—. Salió de su escondite por fin. —Era cierto. Desde que se levantaron las barreras, los nómadas de la Prueba se habían integrado más con los residentes de las ciudades-estado, pero incluso Krysson no había visto a la Escriba de almas en meses.

Salhadaar abrió los brazos y la multitud hizo silencio.

—El futuro de K'ares pende de un hilo —dijo—. No les mentiré a ustedes, mi pueblo. Hace mucho tiempo venimos peleando para protegerlos. Hemos trabajado mucho para darles el futuro que se merecen. El Devoratodo es un tormento sin fin, y los medios que tenemos para protegerlos son un sufrimiento que solo podemos soportar hasta cierto punto.

Había llegado el momento, y ahora, a pesar de la voz en mi mente, a pesar de las advertencias de Nari, sentí que regresaba mi confianza. Salhadaar estaba haciendo precisamente lo que habíamos sugerido. El pueblo necesitaba saber lo que iba a ocurrir porque después de años de lucha y cambios, este iba a ser el desafío más grande de todos.

—Se avecina un cambio —continuó Salhadaar—. Para todos. Durante estos últimos años, han trabajado mucho y han seguido el camino de sus juramentos. El Consejo de Oráculos les ha pedido mucho de su parte, y la fuerza de los k'areshi ha resistido, incluso cuando nuestros cuerpos se marchitan y nuestra población queda diezmada.

»Pronto enfrentaremos la mayor prueba de todas, y por ese motivo, debemos estar unidos, dejar atrás nuestras diferencias, olvidar nuestras discusiones. Tenemos fortaleza, tenemos determinación, y les presento ahora el nuevo juramento que he tomado. Pues ya no soy más su sumo sacerdote...

»Soy su rey supremo.

Sentí que mis compañeras a mi lado se tensaban, incluso mientras yo me esforzaba por comprender las intenciones de Salhadaar, aunque no sus palabras. Declararse rey supremo no era una estrategia que hubiese esperado ni tampoco la comprendía.

—Y como su rey supremo —dijo Salhadaar—, hay verdades que debo contarteles. —Cuando dijo eso, levantó su mirada al cielo, al domo rosa que nos protegía de la oscuridad hirviendo del Vacío más allá—. Las barreras nos protegen y nos condenan. Estamos atrapados mientras la Ruina nos destruye. —Dio un paso adelante en el balcón para mirar a su pueblo desde arriba—. Pero La Ruina no fue un accidente, pueblo mío. Hubo algunos entre nosotros que planearon y complotaron, que diseñaron este destino, que buscaron la destrucción de los k'areshi incluso mientras peleábamos por sobrevivir.

Krysson me sujetaba con fuerza la mano. Pensé en mi trabajo, en los preparativos que habíamos hecho, en cada aliento que dejamos para salvaguardar al futuro de nuestro pueblo, incluso si no podíamos salvar nuestro mundo.

No podía terminar de creer lo que estaba diciendo Salhadaar ahora.

Y allí, en el balcón en las alturas, el rey supremo recién proclamado estaba señalando con una mano envuelta en vendas.

Señalándome a mí.

—Allí está el Caminante intersticial —dijo—. Hechicero del Vacío. ¡Traidor! Y allí sus camaradas, los líderes de una conspiración que le entregaría este mundo al Señor del Vacío. Él y sus amigos se han reunido en secreto, han complotado en contra de nosotros bajo la apariencia de salvar a K'aresh. Son ellos quienes nos han destruido,

Tenemos fortaleza, tenemos
determinación, y les presento
ahora el nuevo juramento que
he tomado. Pues ya no soy más
su sumo sacerdote...

Soy su rey supremo.

pueblo mío. Son ellos quienes nos han *engañoado*. La Ruina fue su plan. ¡Nos han traicionado a todos con su blasfemia!

Y entonces sentí la mano de Krysson tirando de la mía. Me di vuelta, confundido, y sí, con pánico, atrapado en un mar de enemigos a medida que la gente de la plaza nos rodeaba.

—¡Atrápenlos! —Esa era la voz de la Escriba de almas, fuerte y nítida, repleta de ira y odio.

—¡Que no escapan!

Apenas la Escriba de almas lanzó su orden a la multitud, la enorme curva de la barrera arcana crujío de horizonte a horizonte con el sonido de cien truenos. La multitud se agachó al unísono y se cubrió la cabeza con los brazos. Y entonces todos miraron al cielo. Vieron con horror mudo cómo el flujo rosa vidrioso que protegía a Tazavesh se dividía una y otra y otra vez, como si no estuviera hecho de energía arcana sino de vidrio de Tingarla.

Todos se quedaron mirando... excepto por la Escriba de almas y Salhadaar. A medida que el miedo de la multitud se convertía en una ira terrible dirigida a mi grupo, miré el balcón del gremio del mercado. Y allí los vi: los verdaderos traidores, los verdaderos conspiradores. Murmuraban con las cabezas muy cerca, y el terror no los tocaba.

Y mientras la barrera crujía y comenzaba a desvanecerse, el cielo volvió a teñirse del púrpura horrible del propio Vacío, de modo que la atención de la multitud volvió hacia aquellos denunciados por su rey supremo.

Teníamos suerte de que Nari estuviera con nosotros, y Ky'veza también. Sus habilidades en combate eran impresionantes, y aunque estábamos rodeados, eran ciudadanos sin entrenamiento. Mis dos feroces amigas rápidamente empujaron a los alborotadores, y nos permitieron a los cuatro escapar intactos de la plaza. Nari tomó la delantera, y su conocimiento de la ciudad y sus secretos fue enormemente útil mientras buscábamos refugio. Mi mente rugía, y lo único que podía hacer era seguir, mi mano sujetada con firmeza a la de Krysson.

Pero ahora la ciudad entera estaba en contra de nosotros. Todos los callejones y pasajes nos llevaban a ciudadanos, todos furiosos, algunos armados, luego de que

el decreto del rey supremo fuera oído en todo el territorio y su mensaje se replicara y amplificara en el Consejo de Oráculos.

Mientras corríamos, pronto me di cuenta de que yo era un lastre y estaba demorando nuestro escape. Nos detuvimos en una esquina en sombras y les expliqué mi plan. Debíamos proteger a Krysson, y Ky'veza prometió ser su guardiana. A pesar de la traición del rey supremo, supe que tenía trabajo que hacer, que quizás había una oportunidad aún, aunque fuera mínima, de usar las cintas reshii y salvar a los k'areshi. En esta tarea, Nari me protegería y me ayudaría.

Y así fue que nos separamos, con una despedida presurosa y una promesa de reunirnos cuando fuese seguro. Y luego vi cómo Ky'veza y Krysson se desvanecieron en un callejón.

Y luego yo también corrí, pues a nuestro alrededor la ciudad se sumergió en el caos, y el cielo se oscureció y el Vacío se agitó, y toda esperanza que pude haber tenido se esfumó junto con las barreras que nos protegían.



En una meseta de la Falla de Telogrus, Alleria Brisaveloz se detuvo de golpe.

—*Y?*

El Caminante intersticial dejó de mirar el camino y flotó hasta su pupila.

—*Tienes una pregunta?*

—Tengo muchas —dijo Alleria—. *¿No vas a decirme lo que pasó después?*

El Caminante intersticial hizo una pausa.

—Hay poco que contar —dijo—. Nari y yo logramos cumplir nuestra tarea, eventualmente.

—*Eventualmente?* —Alleria suspiró—. *¿Quiero saber los detalles!*

—*De veras?* —preguntó el Caminante intersticial—. Las cintas reshii nos salvaron. Nuestro pueblo fue transmutado y convertido en seres de energía. Dimensius nos rodeó y consumió a K'aresh. No hubo nada que pudieran hacer los k'areshi para detenerlo, pero sobrevivimos, en cierto modo.

Alleria sintió que quedaba boquiabierta por la sorpresa.

—¿Y Krysson? ¿Qué pasó con ella? ¿Y qué pasó después de que el rey supremo te denunció? Hablas ahora como si todo eso no hubiera significado nada para ti.

—Pasaron muchas cosas —dijo el Caminante intersticial—, y les pasaron a muchas personas. A Krysson nunca la volví a ver. A Nari y Ky'veza... A Salhadaar y la Escriba de almas...

Su voz se fue apagando. Alleria lo miró con firmeza sin dejar de apretar y soltar el arco con frustración.

—Es una historia para otro momento —dijo finalmente—. Los k'areshi sobrevivieron. Algunos, al menos.

Alleria sacudió la cabeza.

—Sobrevivieron y aún así los abandonaste, y te aislaste. ¿Por qué? ¿Penitencia? ¿Vergüenza? ¿Miedo? Seguramente te necesiten ahora como te necesitaron antes.

—Y en ese punto —dijo el Caminante intersticial— tu puntería está muy desviada, arquera.

Alleria suspiró de frustración.

—Tu lección de historia quizás fue menos útil que lo que tú crees. ¿Buscabas equilibrar mi mente con una mera distracción?

—Son tus *ataduras* las que te desequilibran, Alleria. Libérate de estas cosas que te agobian, estas personas que te importan. Todo eso está refrenándote e impide que te conviertas en quien debes ser.

—¿Las personas que me importan? ¿Como tú hiciste con Krysson? ¿Con Ky'veza? El Caminante intersticial se acercó.

—Quizás tú *sí* comprendes. No era la historia de K'aresh la verdadera lección, aunque era la información que me pedías, era la historia de *Krysson*. Con su historia quise mostrarte que algunos caminos deben separarse, que algunos destinos no están hechos para estar entrelazados. Que algunos futuros existen, pero deben existir por separado. Para hallar tu verdad, debes comprender esto y debes decidir, tratando de ver qué pesa más: si el bien para tu pueblo, el bien para los tuyos, o el bien para *ti*.

Alleria miró al Caminante intersticial, mientras intentaba descifrar su mensaje. *Había* una sabiduría en eso, lo sabía...

—¡Ahí!

—Y en ese punto —dijo
el Caminante intersticial—
tu puntería está
muy desviada, arquera.

Alleria dio un giro. Ya no estaban solos en la meseta. Habían encontrado al aparecido del Vacío.

O más bien el aparecido del Vacío los había encontrado *a ellos*.

La criatura se cernió sobre ellos: una tormenta viva y giratoria de energía del Vacío. Remolinos púrpuras que parecían humo de poder oscuro emanaban de sus hombros acorazados, de los que salían seis alas andrajosas que parecían cuchillas. Estaba encorvado, con la cara oculta por una máscara pesada de hierro que no dejaba ver nada más que una boca abierta de dientes afilados. Un poder resplandeciente bordeaba su forma terrible como una triza de escarcha maldita que dejaba puntos girando en la visión de Alleria. Parpadeó para que se fueran y se preparó para una batalla, sintió el corazón golpeando fuerte en su pecho, en sus oídos...

No. El sonido no era su miedo y sus pensamientos dándole vueltas en la cabeza. Era una voz. Un susurro que llamaba desde la distancia infinita del Vacío Abisal. La voz tironeaba, y era extraña al mismo tiempo que familiar.

Alleria se alejó de la criatura. Vio al Caminante intersticial detrás de ella, sobrevolando inmóvil, con la mirada en el aparecido. Ante la mirada de Alleria, él le extendió una mano, pero el gesto era pacífico, casi... amistoso.

El Caminante intersticial sabía algo acerca del aparecido que no le había contado. Era una criatura, había dicho, más poderosa que las demás que se habían encontrado, pero de la misma naturaleza. Pero *cómo* supo que estaba en la Falla de Telogrus, *por qué* era tan importante eliminarla, nunca le había dicho.

La voz volvió a llamar. En la mente de Alleria, sonaba como una mujer, aunque quizás era solo un eco de la suya.

Pero... ¿El Caminante intersticial también podía oírla? ¿Fue así como supo que la criatura estaba allí?

Y luego la voz desapareció, y el silencio repentino en la mente de Alleria sonó como una campana. Miró al Caminante intersticial y vio su mano extendida convertirse en un puño cerrado.

—Ahora —dijo él—. Es *ahora*.

Alleria se dio vuelta lentamente, y tensó la cuerda del arco con fuerza. Sintió que se hundía dolorosamente en su labio inferior, sintió el modo el que la mano estiraba

la piel de su cara hacia atrás y dejaba expuestos los dientes. Miró por sobre la flecha, apuntando al corazón de la criatura.

Pero no la disparó.

—Alleria, rápido, ahora —dijo el Caminante intersticial—. Dispara, antes de que se dé cuenta.

Alleria bajó el arco.

—Quiero saber quién es antes de matarlo.

Esperaba quizás otro sermón, otra lección envuelta en un acertijo. Pero el Caminante intersticial gruñó y voló hacia adelante, empujando a Alleria al piso al lanzar su ataque. Alleria rodó en el suelo y vio al aparecido del Vacío girar y comenzar a expandirse; el poder de la sombra crecía en su interior a medida que concentraba la atención en el ataque por venir. En unos segundos, tenía el doble de tamaño, y superaba al Caminante intersticial.

Alleria se puso de pie. Suspiró, apretó los dientes, apuntó y disparó la flecha.

La batalla fue corta pero feroz, y luego Alleria y el Caminante intersticial quedaron solos en la meseta una vez más, mientras las energías del Vacío del aparecido se evaporaban como humo de color y volvían al Vacío Abisal. Lo único que quedaba de la criatura era su corazón, y el núcleo pulsante de energía del Vacío sobrevolaba en el aire ante ellos.

Alleria se acomodó el arco en la espalda y, cuando se dispuso a tomar el corazón, sintió el leve tirón del Vacío en su mano. Sabía lo que tenía que hacer. Lo había hecho antes. El Caminante intersticial se lo había mostrado.

—No.

Alleria bajó la mano.

—Creí que...

—Ya te dije antes. Este me pertenece a *mí*. —El Caminante intersticial fue flotando hacia adelante y Alleria retrocedió. Sintió que su corazón le golpeaba en el pecho de nuevo.

Tenía que saber.

—Esta criatura —susurró—. Este aparecido del Vacío...

—Haz tu pregunta.

Alleria se acercó y tomó el corazón en sus manos. Lo apretó con suavidad y lo sintió zumar con incomodidad, mientras la electricidad del Vacío parecía acumularse invisible alrededor de ella. La voz volvió a llamar. Quizás era su propia voz. Quizás era un eco del Vacío.

O quizás era el eco de otra persona totalmente diferente.

—¿Sabes quién fue esta criatura antes? —preguntó Alleria.

La mano del Caminante intersticial se convirtió en un puño apretado, una vez más.

—Eso me pertenece a *mí* —dijo.

—Ya sé —dijo Alleria—. Siempre fue así, ¿no?

El Caminante intersticial no habló.

—Te equivocas, Caminante intersticial —dijo Alleria—. Mi fortaleza, mi *equilibrio* proviene precisamente de aquellos a quienes quiero. No son un peso que debe balancearse para no hundirme. Mi amor por ellos no es algo que deba purgar para tener una mente pura y un foco preciso. Mi fortaleza proviene de ellos. —Se acercó más al Caminante intersticial, sosteniendo el corazón del Vacío en la mano—. De ahí venía también *tu* fuerza antiguamente. Me contaste la historia de dos amores en un mundo agonizante, y sentí que ese amor atravesó las eras. Dices que me quieres enseñar, pero eres *tú* quien ha olvidado la lección. Es cierto que el futuro tiene muchos caminos, y hay otro abierto frente a mí ahora. Un camino que temo que tú nunca viste en aquel momento.

Alleria abrió la mano. El corazón del Vacío flotó en el aire, envuelto en un halo que resplandecía con un violeta imposible, y se fue flotando lentamente hacia el Caminante intersticial.

—O que quizás evitaste —dijo Alleria—. No sé. Esa historia tienes que contarla tú.

Luego de decir eso, giró sobre sus talones.

—Debo regresar a Dalaran. Khadgar espera mi informe. —Miró sobre el hombro—. Quizás ahora pienses en la lección que *yo* te he dado a *ti*.

Se alejó por la meseta desértica mientras los destellos del Vacío brillaban sobre ella, y el Caminante intersticial quedó solo con sus pensamientos, solo con su pasado. Ante él, flotaba el corazón del Vacío.

Me contaste la historia de
dos amores en un mundo
agonizante, y sentí que ese amor
atravesó las eras. Dices que me
quieres enseñar, pero eres tú
quien ha olvidado la lección.

Pasó un largo rato antes de que el Caminante intersticial tomara el corazón del Vacío. Hizo una pausa que duró solo una respiración, y luego lo consumió, y el corazón desapareció.

Y con él, el recuerdo de un amor de otro tiempo.

ACERCA DEL AUTOR

Adam Christopher es un escritor con récord de ventas según la clasificación del *New York Times* y autor de *Star Wars: Master of Evil*, *Star Wars: Sombras de los Sith* y *Stranger Things: A oscuras en la ciudad*. También escribió novelas oficiales basadas en la serie televisiva de CBS *Elementary* y la galardonada franquicia de videojuegos *Dishonored*. Adam fue cocreador de la encarnación del siglo XXI del superhéroe de Archie Comics, *The Shield*, y escribió para la serie *Lazarus* de Greg Rucka y Michael Lark, de Image Comics, y el universo de *Doctor Who* para Big Finish y BBC Audio. Colaboró con la exitosa serie antológica de aniversario *Star Wars: Desde otro punto de vista* y también escribió para el cómic *Star Wars Adventures* de IDW, que contiene todas las eras. Entre las numerosas novelas originales de Adam se encuentran *Made to Kill* y *The Burning Dark*, y su novela debut *Empire State* fue el libro del año tanto para SciFi Now como para el *Financial Times*.